

Poesía oscura romántica

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
E. EHRENDOST

Editorial Alastor



Gottfried Bürger

Lenore

En un rojo amanecer despertó Lenore,
sobresaltada por ominosas pesadillas:
«¿Me eres infiel, Wilhelm, o has muerto?
¿Cuánto más se demorará tu regreso?».
Pues él, con el ejército del rey Federico,
había partido a combatir en Praga¹
y desde entonces nunca había escrito
para dar señales de vida a su amada.

Finalmente, el rey y la emperatriz,
cansados ya de las largas luchas,
ablandaron sus duras posturas
y decidieron sellar por fin la paz;
y ambos ejércitos, entre canciones
y estruendosos clarines y redoblantes,
con verdes laureles ornando sus frentes
comenzaron a regresar a sus hogares.

Al poco tiempo, por todas partes,
a lo largo de los caminos y las calles,
viejos y jóvenes se agolpaban con júbilo
para a los valientes soldados ver llegar.
«¡Gracias a Dios!», decían niños y esposas;
«¡Bienvenido!», muchas felices novias.
¡Ay!, pero la pobre Lenore a nadie pudo
con beso y saludo recibir venturosa.

Recorrió la procesión de punta a punta
preguntando a cada soldado que veía,
pero ni uno solo de todos ellos
pudo de su amado darle noticias.
Cuando el ejército terminó de pasar,
se dejó caer abrumada en el suelo
y, con violentas muestras de enfado,
comenzó a mesarse los cabellos.

¹ Las guerras de Silesia, que se sucedieron entre 1740 y 1763, fueron producto de una larga disputa territorial entre Federico II de Prusia y la archiduquesa María Teresa I de Austria. La tercera y última fue, además, parte crucial de la guerra de los Siete Años, y culminó con el Tratado de Hubertusburgo, que dejó la región de Silesia en manos de Prusia. La invasión prusiana de Bohemia y la batalla de Praga tuvieron lugar en el año 1757.

J. W. von Goethe

El rey de los elfos

¿Quién cabalga tan tarde a través de la noche y el viento?
Es tan sólo un padre llevando a su hijo pequeño;
sujeta al niño delante de sí con uno de sus brazos,
asiéndolo firmemente, manteniéndolo cálido.

«Hijo mío, ¿por qué ocultas tu rostro con miedo?».
«¿Es que no ves tú allí, padre mío, al rey de los elfos,
al gran rey de los elfos, con su corona y con su séquito?».
«Hijo mío, es sólo la niebla, que reptaba entre los abetos».

«¡Oh, tú, niño amado, ven, ven conmigo,
jugaré un montón de juegos hermosos contigo!
Hay flores de muchos colores en mis prados
y mi madre te obsequiará bellos atavíos dorados».

«¿Y no puedes tú oír, oh, padre, oh, padre mío,
lo que el gran rey de los elfos promete a mis oídos?».
«Niño mío, cálmate ya, y mantener esa calma procura:
es sólo el viento, que entre las hojas secas susurra».

«¿Me seguirás, pues, dulce niño, a mi hermoso bosque?
Mis hijas habrán de aguardarte allí con grandes honores:
ellas serán las conductoras del nocturno séquito
y cantarán y danzarán y te arrullarán hasta el sueño».

«¿Y no puedes tú ver, oh, padre, oh, padre mío,
a las hijas del rey elfo en aquel paraje sombrío?».
«Pequeño hijo, pequeño hijo, lo veo todo muy claro:
son sólo viejos sauces, que se mecen en tonos grisáceos».

«Te amo, he sido cautivado por tu figura tan bella;
puesto que no vienes por gusto, te llevaré por la fuerza».
«¡Padre mío, padre mío, ya me está él tomando!
¡El gran rey de los elfos me está haciendo daño!».

El padre se estremece y cabalgando velozmente sigue,
aferrando aún con más fuerza a su hijo que gime;
finalmente llega al palacio, con gran pesar y fatiga,
y allí entre sus brazos encuentra a su hijo sin vida.

Clemens Brentano

Lorelei

En Bacharach, junto al Rin,
moraba antaño una hechicera.
Era muy hermosa, y había roto
muchos corazones su belleza.

Arrastraba a todo caballero
a la vergüenza y al dolor:
no había rescate para quien caía
en las garras de su amor.

El obispo la llamó para poner
fin a esa espiritual violencia,
mas terminó perdonándola
al descubrir que era tan bella.

Con piadosos acentos le dijo:
«¡Pobre Lorelei! Dime, hija mía,
¿quién te ha obligado a realizar
esas malignas hechicerías?».

«Señor obispo, déjeme morir,
de la vida estoy ya cansada,
pues parece todo aquel
que contempla mi mirada.

»Mis ojos son dos llamas,
mi brazo es una vara mágica.
¡Oh, arrójeme a las llamas!
¡Oh, quiebre esa vara mágica!».

«No puedo al fuego condenarte
en tanto no me digas la razón
de por qué entre esas llamas
arde ya mi pobre corazón.

»Ni puedo romper tu vara,
¡oh, hermosa Lorelei!,
pues al hacerlo rompería
mi pobre corazón también».

Samuel Taylor Coleridge

La balada del viejo marinero

I

Es un viejo Marinero
y detiene a uno de entre tres presentes.
«Por tu larga barba gris y tus brillantes ojos,
¿por qué motivo me detienes?»

»Las puertas del Novio están abiertas
y soy pariente cercano suyo;
los invitados llegaron, el banquete comenzará:
ya se puede oír el alegre barullo».

Lo retiene con su huesuda mano.
«Érase un barco...», comienza.
«¡Suéltame! ¡Saca tu mano, tonto de gris barba!».
Y en seguida su mano lo suelta.

Lo retiene con sus brillantes ojos.
El Convidado se queda totalmente quieto
y como un niño de tres años escucha:
su voluntad ha quedado en poder del Marinero.

El Convidado se sienta en una piedra:
salvo escuchar, nada elegir puede;
y así siguió hablando aquel hombre viejo,
el Marinero de ojos resplandecientes.

«Saludado fue el barco, despejado fue el puerto,
alegremente fuimos dejando
detrás la iglesia, detrás la colina,
detrás la alta torre del faro.

»El sol ascendía por la izquierda,
¡del propio mar emergía!,
y brillaba luminoso; y por la derecha
en el mismo mar luego se hundía.

»Subía más y más alto cada día,
hasta que por sobre el mástil al mediodía pasó».
El Convidado sacude entonces su pecho,
pues escucha de pronto el sonido del fagot.

Thomas Moore

El anillo

Por fin había llegado el feliz día
en el que Rupert desposaría
a la doncella más bella de Sajonia
y a su lecho nupcial la llevaría.

Tan pronto como hubo amanecido,
la fiesta y los deportes comenzaron.
Los hombres admiraban a la novia;
las doncellas, al afortunado novio.

En alegres entretenimientos
pasaron los invitados el día:
algunos se entregaron a la danza;
otros, a entonar dulces melodías.

Las jóvenes doncellas junto a Isabel
se entretuvieron en las glorietas
recogiendo diversas flores nupciales
para adornar su vestido y su cabeza.

Las matronas, en sus ricos atuendos,
el interior del castillo prefirieron
para escuchar allí los festivos coros
que llenaban las salas de ecos.

El joven Rupert y sus amistades
a la espaciosa cancha se dirigieron
para golpear allí la pelota de tenis
en desafiantes y viriles torneos.

El novio llevaba en su dedo
el brillante anillo de bodas
que debía adornar la blanca mano
de la hermosa Isabel tras la ceremonia.

Temiendo romper la delicada gema
o perder la alhaja en el juego,
buscó en los alrededores un lugar
para dejar el anillo sin miedo.

Lord Byron

Oscuridad

Tuve un sueño que no fue del todo un sueño.
El brillante sol se había extinguido, las estrellas
vagaban oscuramente por el eterno espacio,
sin luz y sin rumbo, y la helada Tierra
giraba ciega y ennegrecida en un aire sin luna.
La mañana vino y se fue, y volvió sin traer el día;
y los hombres olvidaron sus pasiones en el terror
de su inminente ruina, mientras sus corazones
se enfriaban en una egoísta plegaria por luz.
Pronto vivieron entre hogueras: los tronos,
los palacios de los reyes, las humildes cabañas
y las moradas de todos los habitantes del mundo
ardieron como faros; ciudades fueron quemadas,
y los hombres se reunieron en torno a sus hogares
en llamas para verse una vez más a los rostros;
felices aquellos que vivían junto a los volcanes
y sus encumbradas antorchas. En el mundo
sólo quedó una tímida esperanza; los bosques
empezaron a ser incendiados, pero hora a hora
se reducían: los troncos caían con un estrépito,
se extinguían, y una vez más todo era negro.
Los rostros de los hombres bajo la agonizante luz
ofrecían un aspecto fantasmal cuando, por azar,
se veían iluminados. Algunos se echaban al suelo,
se tapaban los ojos y lloraban; otros apoyaban
sus mentones sobre sus puños y sonreían;
y otros corrían de un lado a otro, alimentaban
sus piras funerarias con más combustible,
miraban con loco desasosiego al apagado cielo,
el velo mortuorio de un mundo perdido, y de nuevo,
profiriendo blasfemias, bajaban la mirada al polvo,
hacían rechinar sus dientes y aullaban. Las aves
chillaban y, aterradas, deambulaban por el suelo,
batiendo sus inútiles alas; las fieras salvajes
se acercaban, mansas y trémulas; y las serpientes
se arrastraban y se enroscaban entre la multitud,
siseando pero sin morder; y todos eran devorados.
Y la guerra, que por un instante había cesado,
se volvió a nutrir; un alimento se pagaba con sangre,
y cada hombre se alejaba hoscamente del resto
para llenarse entre las sombras. El amor murió.

Giacomo Leopardi

A la luna

¡Oh, hermosa luna!, muy bien recuerdo
que, hace ya un año, a esta colina
lleno de angustia vine yo a contemplarte,
y tú te alzabas entonces sobre aquel bosque
tal como ahora, que todo lo iluminas,
si bien más trémulo y nebuloso, por el llanto
que humedecía mis pestañas, a mi visión
se mostraba tu rostro. ¡Qué penosa era
entonces mi vida! Y en nada ha cambiado,
¡oh, mi amada luna!, mas ahora gozo
al recordar y enumerar las horas
de mi dolor. ¡Cuán grato nos parece
en el tiempo juvenil, cuando largo es el curso
de la esperanza y breve el de la memoria,
rememorar las cosas pasadas, aunque
los afanes persistan y la tristeza nos carcoma!

François-René de Chateaubriand

El bosque

¡Bosques silenciosos, hermosas soledades,
cómo amo recorrer vuestras umbrías ignoradas!
En vuestros oscuros parajes, soñando extraviado,
experimento una sensación libre de inquietudes.
¡Ilusiones de mi corazón!, creo ver surgir,
de los árboles y de la hierba, una dulce tristeza;
y la brisa que escucho, y que murmura suavemente
desde los confines del bosque, parece susurrar mi nombre.
¡Oh!, ¿por qué no puedo, feliz, pasar mi vida entera
aquí, lejos de los humanos? Al rumor de los arroyos,
sobre una alfombra de flores, sobre la hierba primaveral,
¡qué ignorado descanso bajo la sombra de los olmos!
Todo habla, todo me place bajo estas tranquilas bóvedas:
aquellas retamas, ornamentos de un reducto silvestre,
o esa madre selva que, alcanzada por un viento fugitivo,
de un lado a otro sus inestables guirnaldas balancea.
¡Bosques, en vuestros refugios mis deseos se complacen!
¿A qué amante alguna vez le seríais tan queridos?
Otros os hablarán sin cesar de amores ajenos;
yo por vuestros encantos solos las desolaciones prefiero.

C. M. Leconte de Lisle

El frío viento de la noche

El frío viento de la noche sopla a través de los árboles
y quiebra de vez en cuando las ramas secas de estos;
la nieve, sobre la llanura en la que yacen los muertos,
como un sudario extiende su blanco manto a lo lejos.

En negra hilera, al borde del estrecho horizonte,
un largo séquito de cuervos pasa rasante sobre la tierra,
y algunos perros, excavando una colina solitaria,
entrechocan sus huesos sobre la áspera hierba.

Bajo los pastos helados oigo gemir a los muertos.
¡Oh, pálidos habitantes de la noche privados de despertar!,
¿qué amargo recuerdo turba así vuestro reposo
y escapa de vuestros gélidos labios en hondos sollozos?

¡Olvidad, olvidad! Vuestros corazones están consumidos
y vuestras arterias están vacías de sangre y de calor.
¡Oh, muertos, benditos muertos, víctimas de ávidos gusanos,
recordad poco de la vida y procurad descansar!

¡Ah!, cuando a vuestros profundos lechos yo descienda,
como un esclavo anciano que al fin ve sus cadenas caer,
¿cómo amaré sentir, libre de todos los males sufridos,
mi tan esperada entrada a la ceniza común!

Mas, ¡oh, sueño!, los muertos callan en la noche.
Es el viento; es el esfuerzo de los perros en el pasto;
es tu triste suspiro, ¡implacable Naturaleza!;
es el llanto y el gemir de mi corazón ulcerado.

¡Cállate ya! El cielo es sordo y la tierra te desdenea.
¿Para qué tantas lágrimas, si no podrás curarte?
Sé mejor como el lobo herido, que calla al morir
y que muerde el puñal con sus fauces sangrantes.

Un latido más aún, una tortura más... aún. Luego, nada.
La tierra se abre, un poco de carne cae en esa cavidad,
y la hierba del olvido, cubriendo pronto la sepultura,
crece eternamente sobre ese pasado montón de vanidad.

Maurice Rollinat

La muerta embalsamada

Para arrebatarse esa muerta tan bella como un ángel
a los atroces besos del gusano,
decidí hacerla embalsamar en una caja extraña.
Era una noche de invierno.

Se extrajeron, de ese cuerpo rígido, lívido y helado,
los pobres órganos difuntos,
y, en ese abierto vientre tan sangriento como vacío,
se vertieron perfumes untuosos,

además de cloro, alquitrán y algo de cal en polvo.
Cuando todo quedó lleno,
con una aguja de plata se procedió a coserlo
sin dejar ni un pliegue en la piel.

Se reemplazaron sus ojos, en los que la naturaleza
había puesto el azul de los cielos
y que la infecta podredumbre habría devorado,
por azules ojos artificiales.

El boticario, mediante el uso de cierta resina,
consiguió petrificarla,
y, al hacerlo, gritó exultante, apestando a la sustancia:
«¡Ya no puede pudrirse!

»Respondo por ello. Serás horadado como vieja madera
por los reptiles del sepulcro
antes de que la embalsamada, dura como el mármol,
el menor fragmento haya perdido».

Estando ya en soledad, pinté sus labios violáceos
con la esencia del carmín
y cubrí con numerosas joyas, anillos y amuletos
su esbelto cuello y su frágil mano.

Entreabrí sus párpados y cerré su muda boca,
lleno de asombro y de horror;
y, con aire grave, até sus pequeñas babuchas
a sus pobres pies helados.

ÍNDICE

Prólogo	7
GOTTFRIED BÜRGER	
<i>Lenore</i>	19
<i>El cazador salvaje</i>	26
J. W. VON GOETHE	
<i>El rey de los elfos</i>	33
<i>El pescador</i>	34
<i>La novia de Corinto</i>	35
<i>Danza macabra</i>	40
LUDWIG TIECK	
<i>Melancolía</i>	43
CLEMENS BRENTANO	
<i>Lorelei</i>	45
ADELBERT VON CHAMISSO	
<i>Deja descansar a los muertos</i>	49
<i>La moribunda</i>	50
JOSEPH VON EICHENDORFF	
<i>Diálogo en el bosque</i>	51
<i>La noche</i>	52
WILHELM MÜLLER	
<i>Soledad</i>	53
<i>El cuervo</i>	54
HEINRICH HEINE	
<i>Lorelei</i>	55
<i>El doble</i>	56
EDUARD MÖRIKE	
<i>La sombra</i>	57
<i>Los fantasmas de Mummelsee</i>	59
MATHILDE WESENDONCK	
<i>Aflicciones</i>	61
<i>En el invernadero</i>	62
WILLIAM BLAKE	
<i>Al Invierno</i>	63
<i>El Jardín del Amor</i>	64
WILLIAM WORDSWORTH	
<i>Pieza nocturna</i>	65
<i>Tejos</i>	66

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE	
<i>La balada del viejo marinero</i>	67
ROBERT SOUTHEY	
<i>Mis días entre los muertos han pasado</i>	85
<i>El obispo Hatto</i>	86
THOMAS MOORE	
<i>El anillo</i>	89
<i>El escudo</i>	96
LORD BYRON	
<i>Oscuridad</i>	97
<i>El hechizo</i>	99
P. B. SHELLEY	
<i>Himno a la Belleza Intelectual</i>	101
<i>Oda al Viento Oeste</i>	104
JOHN KEATS	
<i>Oda a un ruiseñor</i>	107
<i>La Belle Dame sans Merci</i>	110
ALFRED TENNYSON	
<i>Lágrimas, vanas lágrimas</i>	113
<i>Titono</i>	114
ALGERNON CHARLES SWINBURNE	
<i>El jardín de Proserpina</i>	117
EDGAR ALLAN POE	
<i>El cuervo</i>	121
<i>La durmiente</i>	124
<i>Solo</i>	126
<i>Ulalume</i>	127
GIACOMO LEOPARDI	
<i>A la luna</i>	131
<i>El infinito</i>	132
<i>La noche del día de fiesta</i>	133
<i>A sí mismo</i>	134
FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND	
<i>El bosque</i>	135
<i>La primavera, el verano y el invierno</i>	136
ALPHONSE DE LAMARTINE	
<i>El aislamiento</i>	139
<i>El anochecer</i>	141
<i>El lago</i>	143
<i>El otoño</i>	145
ALFRED DE VIGNY	
<i>La Desdicha</i>	147
PÉTRUS BOREL	
<i>Aislamiento</i>	149
ALFRED DE MUSSET	
<i>La noche de mayo</i>	151
<i>La noche de diciembre</i>	157

THÉOPHILE GAUTIER	
<i>Lamento</i>	163
C. M. LECONTE DE LISLE	
<i>El frío viento de la noche</i>	165
<i>A un poeta muerto</i>	166
CHARLES BAUDELAIRE	
<i>El albatros</i>	167
<i>Tristezas de la luna</i>	168
<i>El muerto gozoso</i>	169
<i>Spleen</i>	170
<i>Las metamorfosis del vampiro</i>	171
<i>Las letanías de Satán</i>	172
STÉPHANE MALLARMÉ	
<i>La siesta de un fauno</i>	175
MAURICE ROLLINAT	
<i>La muerta embalsamada</i>	179
<i>La lluvia</i>	181
<i>El estanque</i>	182
<i>La amante macabra</i>	183